

A la excelentísima y amadísima señora,
Doña María Leonor de Villacampo y Zaragoza.

Luz de mi alma y aliento de mi corazón,

Tomo la pluma temblando, que no por flaqueza
de mano, sino por herida de espíritu, para decir lo que
mis labios enmudecieron y mis ojos no osaron
derramar cuando juntos hollamos las calladas estancias
del Alcázar.

Anoche, al borde de las viejas almenas donde reyes
de Castilla alzaron sus votos al cielo, fui testigo de
una señal que ni la razón ni el temor dictaron, mas
sólo el amor supo entender.

El sol, desangrándose lento en la frontera del
horizonte, moría.

La luna, tímida, ascendía para ceñirse la corona
de la noche.

Mas de súbito, sin nube ni viento, sin velo ni
sombra, desapareció.

Así murió el día sin que la noche naciera.
Así el cielo olvidó el arte de concluir.

Temblé, María mía, pues entendí:
no era cólera lo que nos hablaba, sino amor.
Amor que renuncia, amor que, para no herir, se
destruye.

Ordme bien, flor de mis días:
no por falta de fe os aparto,
ni por mengua de afecto,
ni por fatiga de alma.

Antes bien, porque os amo más que a la vida y
más que a mi nombre,

y porque quiero para vos un camino sin sombra,
elijo callarme y partir.

mi sangre me liga al Eminentísimo Señor
Cardenal Don Bernardo de Sandoval y Rojas,
y sé que los ojos del Santo Oficio ven donde el
amor ciega.

Vuestra estirpe, tan noble y tan vigilada por la
Corte de Su Majestad el Rey Don Felipe Tercero,
no puede sufrir mancha alguna por este amor que,
siendo tan alto, es a los ojos del mundo culpa.

No he de ser la espada que corte vuestras alas.
He de ser el silencio que os deje volar.

Por ello os pierdo, para no perderos.
Por ello os olvido, para que vos no olvidéis.

Guardad esta carta en el hueco de vuestro pecho,
junto a las oraciones que no se atreven a alzarse
en voz.

Selladla entre las flores de la esperanza.

Y recordad:

Hubo una vez dos almas que tejieron un sol entre sí,
y cuando los astros olvidaron su danza,
ellas no traicionaron su amor —
lo santificaron en la despedida.

Vuestro hasta que el último lucero calle,
en llanto y en fidelidad perpetua,

Don Alfredo Hernando Buenrostro
de Alcamirano
Caballero de la Orden de Santiago,
HIJO DE TOLEDO